

El grito de la selva: el mito en las imágenes de Netflix y su significación en nuestro tiempo

Luis H. Pabón Batlle

Es investigador de la Historia de las Ideas. En 2003 publicó *El retorno de Polifemo*, la medicina de estado al umbral del siglo XX. Ha escrito capítulos de varias publicaciones, entre ellas *Historias vivas: historiografía puertorriqueña contemporánea*. Ha participado en innumerables congresos internacionales. Fue miembro de la Junta directiva fundadora de la Asociación Puertorriqueña de Historiadores. Actualmente dirige el Departamento de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico en Bayamón.

luis.pabon4@upr.edu

ORCID: 0000-0002-8608-0149

Resumen

Hay un grito común en un tiempo en que algunos niegan las consecuencias ecológicas de la “distancia” que el humano ha generado desde que entramos en la modernidad. La apuesta por la explotación ecológica, la ansiedad de una necesidad de consumo infinita, y la marginación de las voces que llevan gritando siglos sobre lo que nos está golpeando hoy: el desastre del calentamiento global. Surgen con voz profética tres guiones que ponen de relieve este grito justificado desde la mitología de los habitantes originarios de la zona selvática sudamericana. *The Last Forest*, expone cómo el mito explica la separación de dos hermanos que se diferencian por sus rasgos de genitalia dando como resultado la división de la humanidad en dos grupos, el humano que vive en la selva, que se observa a sí mismo como parte integral de la selva entendida como naturaleza y el que en su afán de saciedad la explota generando el desbalance que trae como consecuencia la enfermedad y el genocidio. En *El último chamán*, se muestra el conflicto cultural del líder espiritual de una comunidad tribal que está sufriendo el embate de un cristianismo no inculturado, los contrastes, los conflictos morales de una mentalidad y sabiduría que se erosiona a gran velocidad. El sendero de la anaconda muestra las culturas selváticas originarias de Colombia dando voz al mito, el lugar de la mujer y la importancia de la chagra como medio de supervivencia interconectada con la naturaleza, la siembra de subsistencia, ecológica de por sí, y la sexualidad humana que se une en el mismo lugar de donde se proveerá el alimento. El humano ocupa un lugar integral. En su visión no hay separación.

Palabras Claves: Mitología indígena; Cosmovisión amazónica; Cine documental; Conciencia ecológica; Mitocrítica

Hay un modo de trascender que es la unión con la exterioridad, con el medio en que se vive, que es indispensable para subsistir. La ausencia de esa unión significa, seguramente, la muerte. O te unes y vives, o te enajenas y falleces. Es un estado de completa simbiosis, en la que el humano se reconoce diluido en el medio ambiente. Todo esto fue así hasta que dejamos... el paraíso.

I

El primer contacto que tuve con las comunidades aborígenes ocurrió a comienzos de la década de los noventa, cuando la Sierra de Perijá se abría ante nosotros como un enorme animal dormido, y la misión de Los Ángeles del Tucuco reposaba allí donde el llano, cansado de ser llano, empezaba a trepar por la falda de la montaña. Era una misión franciscana gobernada por un cura que cargaba en el alma y en la pierna la memoria de un motilón que, años atrás, lo había herido con una flecha. Desde entonces, el bastón que sostenía su andar se había ido fundiendo con su propia sombra hasta convertirse en un apéndice natural de su identidad, como si hubiera nacido con él.

En su desbordado afán civilizador, el gobierno venezolano había levantado unas casas de cemento para aquellos “pobres indígenas”, casas que brillaban al sol como piezas de ajedrez mal ubicadas. Y sin embargo, cuando entramos en ellas, las hallamos vacías, invadidas por un silencio sin muebles ni camas, porque los dueños legítimos preferían dormir en los pisos desnudos, arrojados apenas con estereras, como si la intemperie fuera su patria verdadera.

Yo tenía entonces apenas veintitrés años y una ignorancia temeraria de las cosas del mundo. Nada de eso lo entendí hasta que nos internamos en la selva por un sendero que se borraba y reaparecía como si la montaña jugara a perdernos. Cruzamos ocho veces el río de la sierra, joven y desbordado como yo, con el agua subiéndonos hasta el cuello mientras cargábamos mochilas de cuarenta libras y empujábamos a las mulas cubiertas de garrapatas, como si llevaran encima un invierno portátil.

Llegamos por fin a la aldea de unos yukpas, recolectores y cazadores, dueños de un tiempo que no tenía medidas humanas. Me senté rendido, cubierto de vello y con una barba que apenas empezaba a declararse. Entonces los niños, curiosos de mi existencia, se acercaron a acariciarme los brazos como si fueran una rareza zoológica. A veces me arrancaban una garrapata de las que traía adheridas y se la llevaban a la boca con un chasquido que mezclaba hambre, juego y destino. La mitad de ellos no alcanzaba la edad adulta; vivían con la liviandad trágica de quienes saben sin saberlo que cada amanecer es una victoria improbable.

La selva, que a ojos de cualquier ciudadano parecía inerte, al primer descuido mostraba su violencia inexplicable. Lo supe cuando un cazador, dueño absoluto de su territorio, vio a un niño hambriento acercarse a una cesta con fruta y lo expulsó de un golpe tan feroz que lo lanzó diez pies por el aire, como si la gravedad también obedeciera jerarquías.

Las mujeres permanecían en las chozas sin paredes, limpiando el piso con una devoción que lo hacía brillar como un espejo de tierra. Y al caer la noche, todos bebían chicha y danzaban areitos

bajo la tutela de los espíritus antiguos, hablando poco, porque allí la selva enseñaba más con silencios que con palabras.

Yo, necio como un extranjero recién inventado, había llevado una hamaca para dormir, y el frío de la madrugada me mordía los huesos como si quisiera expulsarme del lugar. Ellos, en cambio, dormían sobre esteras, apretados unos contra otros, y el calor humano formaba una sola respiración que parecía el latido nocturno de la montaña.

De las pocas palabras que intercambié con el cacique —hombre parco como el trueno que sólo suena cuando debe—, recuerdo las que le dije sobre el frío que me atormentaba por las noches. Él me escuchó sin sorpresa, con la serenidad de quien ya conoce la inutilidad de luchar contra los designios de la selva.

Al amanecer, cuando el frío entraba por los huesos como un animal sigiloso, ellos llegaban desde el río, que era el más helado de todos los reinos conocidos. Venían goteando un silencio antiguo, y al verme temblar como si fuera un recién llegado al mundo, el cacique me miró con la gravedad de quien entiende los designios invisibles de la naturaleza.

—Tienes frío... —dijo—. Vete al río.

Aquel fue mi primer golpe de revelación, una bofetada de lucidez que me dejó atónito: nosotros veníamos de un universo tan lejano del suyo que apenas podíamos reconocernos como criaturas del mismo planeta. Si obedecía, si me sumergía en aquel río helado como una tumba de cristal, sentiría calor al salir. Así lo aseguraba el cacique, y su voz tenía la autoridad de la selva misma. Me aventuré, temblando, y la corriente me envolvió con una frialdad tan viva que parecía tener conciencia propia.

Al salir con la piel hecha piedra, descubrí que el aire, antes cruel, ardía sobre mí como una manta milagrosa.

Cuando salían a cazar, los hombres se desvanecían entre los árboles con la misma imperceptible elegancia de los vientos cambiantes. No rompían una sola rama, no desplazaban una sola hoja. Zigzagueaban entre la espesura sin dejar huellas, invisibles y mudos, como si la selva los hubiera parido para no distinguirlos de su propio cuerpo. Yo, en cambio, avanzaba con mis zapatos extranjeros, quebrando palos y espantando presas a kilómetros, convertido sin quererlo en la única criatura estridente de aquel reino.

Por la noche preparaban la chicha en una canoa vieja, resignada a ser caldero y sepulcro de sus desperdicios, que nada tenían que ver con los nuestros: todo lo suyo regresaba a la tierra sin rencores. Allí, en el fondo de la canoa, fermentaban las sobras hasta transformarse en una bebida que sabía a bosque y a luna subterránea. A la mano tenían el ron, tan natural para ellos como el canto nocturno de los insectos. Y aunque compartían la bebida, nadie hablaba demasiado. No había nada urgente que decir. La respiración colectiva bastaba para llenar la noche entera.

Cuando el fuego se encendía, el areito irrumpía con la solemnidad de un rito que no necesitaba espectadores. Ellos bailaban para los espíritus, para la montaña, para el simple hecho de estar vivos. El silencio que rodeaba la celebración era tan profundo que uno podía imaginar, desde muy lejos, a qué criatura estarían convocando con aquellos pasos circulares: qué presa, qué sombra, qué dios menor vendría esa noche a completar la historia.

II

A las dos semanas de haber regresado a la misión emprendí camino para visitar a los barís, que ya estaban en su segunda etapa agrícola: tenían ganado disperso en los claros del bosque, y las mujeres sembraban en la chagra con una paciencia heredada de tiempos sin memoria. Allí conversé largamente con el cacique Marcos y con su esposa Totobi, cuyo nombre —rayo de luz en la noche— parecía una profecía escrita en la lengua de los espíritus antiguos.

Viajaba conmigo un joven español que su padre había despachado a aquellas tierras para que su tío franciscano le enderezara la vida antes de que la vida se la torciera para siempre. Bastó un juego de fútbol con los niños en la planicie para que se lesionara la rodilla. Cuando me dijo que teníamos que volver, sentí un desgarrón interior. Yo no quería irme. Me había enamorado del lugar con la intensidad imprudente de los veintitantos años, y llegué a pensar seriamente en quedarme allí para siempre, como si el tiempo de la selva pudiera reemplazar al nuestro. “¿Idiotéz juvenil?”, me pregunté entonces, sin atreverme a responder.

Le dije que allí tenía que haber un médico, y fui a buscar al cacique Marcos para preguntarle. Él escuchó mi inquietud con la serenidad de quien conoce los remedios invisibles y simplemente ordenó traer al chamán. El chamán llegó con su silencio ancestral, miró la rodilla hinchada del español y se fue a buscar su medicina sin pronunciar una palabra inteligible para nosotros. Volvió con una hoja de tabaco, masculló jaculatorias que parecían venir del subsuelo del mundo y, con la solemnidad de un rito milenar, se llevó la hoja a la boca, la trituró y escupió el jugo sobre la rodilla. Yo reí por dentro, burlón, sabiendo que el español me leería el pensamiento. Y así fue: me miró con odio, como si mis dudas fueran una ofensa personal al universo.

El chamán siguió invocando sus fórmulas, vendó la rodilla con una destreza insospechada, y el milagro ocurrió: la inflamación cedió y el dolor empezó a retirarse como una marea obediente. No era eso, sin embargo, lo que más me interesaba.

Yo quería preguntarle al chamán por el origen del ser humano. Y por medio de Marcos lancé la pregunta. La respuesta llegó sin solemnidad:

—El humano viene del ananá —dijo el chamán—, de la piña silvestre. Aquí le decimos pan de azúcar.

Le pedí a Marcos que preguntara por qué. Y la respuesta fue una revelación tan simple como definitiva:

—Porque tiene partes dulces y partes pútridas.

“Ahora hace sentido”, pensé, como si aquellas palabras abrieran una puerta secreta dentro de mí.

Nada me hizo más sentido que lo que ocurrió al despedirnos. Cuando me disponía a emprender el camino de retorno, vi que mi burra tenía unos agujeros sangrantes en el cuello y también en las patas. Llamé a Marcos, que estaba cerca, despidiéndose con afecto. Le pregunté qué habían sido aquellas heridas.

—El vampiro también tiene que comer —respondió con la naturalidad de quien anuncia la lluvia.

En ese instante me sentí el hombre más tonto de la creación. En dos segundos choqué de frente contra su cosmovisión, distinta a la mía como el día lo es de la noche. Comprendí entonces por qué las ratas de un pie y medio corrían por las vigas de la cabaña donde dormíamos, y cómo aquellas paredes, con apenas media pulgada de separación entre las tablas, podían ser calientes de noche cuando el viento asentaba sus pulmones sobre el mundo y frescas de día cuando el aire corría libre.

¡Carajo!, me dije, como si esa palabra pudiera abarcar el desconcierto infinito de haber vivido sin entender nada.

III

En el año 2007, cuando navegábamos por los tributarios amazónicos que parecían inventados por algún dios distraído, salimos con un guía nativo a ver delfines rosados, criaturas que uno siempre imagina soñadas hasta que las ve romper el agua como un destello viviente. Fue mi esposa quien escuchó el chapoteo a más de ciento cincuenta metros, un sonido tan leve que cualquiera habría creído que era el susurro del río. Nos hizo mirar en silencio, y entonces el guía, con la mirada fija en la distancia, nos preguntó como quien indaga por un secreto ancestral:

—¿Están dispuestos a cazar?

Mi suegro me miró con la chispa antigua de quienes ya han hecho pactos con la vida y la muerte, y le respondió sin dudar:

—Vamos.

Los jabalíes cruzaban el río migrando dos veces al año, moviéndose en oleadas que parecían un solo organismo palpitante. Aquel chapoteo distante era una de esas migraciones, una oportunidad única para llevar un regalo a las comunidades que vivían río arriba, donde la carne era tesoro y memoria. Eran cientos los que avanzaban, abriendo surcos en el agua turbia.

A mí me dieron el bate primero, con una solemnidad que tenía algo de ritual y de sentencia. Era obligación, nos dijo el guía. Al que le pegáramos, teníamos que matarlo. No había espacio para medias vidas ni para misericordias improvisadas.

En ese momento retumbó dentro de mi cabeza la frase que había escuchado años atrás en la Sierra de Perijá, como una campana que no deja de sonar, aunque ya nadie la golpee: “El vampiro también tiene que comer.”

Y entendí, de golpe, que aquella visión del mundo —donde cada criatura tiene derecho a su porción de existencia, donde la muerte es parte del equilibrio y no un ultraje— seguía persiguiéndome desde entonces, recordándome que no éramos dueños del río ni del monte, sino apenas una hebra más en la trama infinita de la vida.

IV

El filme *A Última Floresta* muestra la perspectiva del choque de la diferencia, entre su cosmovisión y la nuestra, es mostrada por medio de mito contundente.

“Al principio, no había ríos:

Las aguas fluían en las profundidades de la tierra.

Solo se oían los fuertes rápidos zumbando a lo lejos.

Ningún ser humano vivía en ese tiempo.

Solo existían seres sobrenaturales.

Los animales, y los hermanos Omama y Yoasi.

Un día, Omama hizo un agujero en el suelo del bosque.

El agua comenzó a acumularse en la superficie y corrió en todas las direcciones, formando los ríos y lagos del bosque.

Ya no había sed.

Todos los árboles que tenemos fueron plantados por ellos.

En una ocasión, mientras estaban recogiendo frutas del dosel superior, se dieron cuenta de que había árboles alrededor.

Comenzaron una gran tormenta. Los vientos eran fuertes.

Soplaron desde la parte más hermosa del bosque. Soplaron donde era más exuberante.

Soplaron donde el bosque era más fuerte, dejando un agradable aroma.

Así nació el perfume del bosque y todos los demás olores.

El perfume de las flores, el perfume de las cortezas de los árboles. Pero los dos hermanos se sentían muy solos viviendo en el bosque. Se preguntaban: ¿cómo nace una mujer de dos hombres? ¿Es posible?

Al principio, Yoasi copulaba con su pierna hasta que la embarazaba. Pero su pierna solo podía concebir niños.

Así que seguían viviendo solos en un mundo sin mujeres. Aunque nosotros, la gente del bosque, no nacimos de una rodilla, venimos del vientre de Thueyoma la esposa de Omama.

Omama fue a pescar...

Cuando haló la cuerda, comenzó a salir del agua (Thueyoma), nunca dejó de halar.

Siguió halando la cuerda, haló, haló y haló hasta que ella apareció.

¿Tienes esposo en el mundo acuático? preguntó Omama a Thueyoma. No tengo novio ni pretendientes.

¿Y qué opinas de eso? Pregunto Omama.

Abajo, en el bosque submarino, me sentía sola hasta el momento en que me encontraste. Estuve tan feliz cuando me sacaste, decía sonriente.

Thueyoma era un pez que se dejaba capturar en forma de una mujer. Si Omama no la hubiese sacado los bebés nacerían de una rodilla....

¿Y la carne de caza? Le preguntó Yoasi a su hermano Omama. Salí a cazar, pero no encontré nada.

¡Hueles a mujeres, no me mientas! Eres mi hermano. Sabes que yo también quiero eso.

También puedes verla, respondió Omama. Vive en las aguas, en el fondo del gran lago.

Yoasi salió disparado a buscar a Tueyoma.

[Tras un tiempo...] ¿Por qué te ves tan miserable? Preguntó en otro encuentro Omama a Tueyoma. Por tu hermano Yoasi que tuvo relaciones conmigo. Me puso muy triste. El pene de tu hermano tiene una deformidad. Me lastima, no es gentil como tú. No se me acercó primero, no lo hizo despacio. Expresó Tueyoma entristecida y se sumergió en las profundidades del lago.

Omama buscó en el bosque a su hermano. Lo encontró boca abajo sobre el suelo moviéndose hacia atrás y adelante.

Yoasi le dijo: arreglo mi pene con esta roca. Omama preguntó ¿dónde está tu hijo? Se lo di a los espíritus malignos. Lloraba demasiado, Respondió Yoasi. Te dispararé con una flecha le dijo Omama. ¿Por qué lastimaste a Tueyoma? Le cuestionó. ¿Por qué entregarías a tu hijo a los espíritus malignos? Ya no tienes lugar en esta tierra. ¡Lárgate! Ya no eres mi hermano. ¡Vete a vivir a otra parte! ¡Trajiste enfermedades a esta tierra! Ya no te quiero aquí. Mientas, Yoasi se levantaba de suelo...

¡Nunca debiste lastimar a Tueyoma! Le reprochaba Omama. Mientras, le seguía a punta de flecha.

Después de esta discusión Tueyoma se fue a vivir con Omama. Los dos se casaron. Eran los únicos humanos que existían. Por lo que Omama se convirtió en el protector de los yanomamis. Nosotros los yanomamis somos los hijos de Omama y Tueyoma. Sabemos que tenemos la misma sangre.

En cuanto al otro: a Yoasi, fue desterrado al otro lado del agua. Allí creó la muerte. La muerte dormía en el árbol de Potoporisiki, el mismo árbol donde lloraba el espíritu de tucán. Por eso lloramos cuando alguien muere. Yoasi arrió el aliento de vida, así que empezamos a morir.

Omama enterró a los espíritus malignos y los humos epidémicos en la tierra con los minerales.

Por eso nunca se debe desenterrar ningún mineral del suelo. De lo contrario, se liberan humos epidémicos.”¹

La separación de los hermanos es la separación de los egoísmos manifiestos en el desdén que se contrae con el afán de satisfacción desmedida provocando el desbalance de la tierra. La excitación del tener más y más, de acumular, de perder de vista lo intrincado de la relación, de que nosotros no somos los dueños ni el centro. La conciencia de los yanomamis se encuentra explícita en su manera de vivir y explícita en su manera de hablar. ¿Qué carajo nos pasó? ¿En qué momento dimos la curva histórica y patológica de este desdén? ¿Y a estas alturas qué podemos hacer? Creo

¹ A *Última Floresta*, Netflix

que nos toca escuchar, no la interpretación de un mito muerto. Sino la vitalidad del mito vivo que grita junto a la Tierra.

Nosotros los occidentales somos los hijos de Yoasi que tiene el pene torcido, que saca minerales del fin de la tierra y que trae la pandemia. No hablamos de la pandemia reciente. Hablamos de la pandemia del siglo XVI, que junto a la violencia de la “conquista”, contra los que habían descubierto este continente antes que Colón, trajeron en su naturaleza la enfermedad que en su propio conjunto se llevó enredado al noventa por ciento de los verdaderos habitantes originarios. Este es el mito de los Yanoman.

V

En el filme *Ex chamán* se observa el siguiente diálogo: Un amigo mientras pescan le pregunta: ¿volverás a ser chamán?... el ex chamán le responde que no es posible después que el sacerdote dijera que los chamanes son del infierno, desde entonces la gente no le me habla. "La gente me ignora".

Es la voz de un chaman desprestigiado por las medicinas modernas. Entre ellas, la aspirina. Manifiesta que solo le hablan cuando salen de la iglesia. Solo le hablan desde que asiste al culto cristiano. Ahora el ex chamán abre y cierra el edificio. Pasa la escoba en la entrada, vestido de camisa y corbata, usa espejuelos y compra medicinas convencionales.

En su hogar, cocina en estufa de gas. Los cazadores de su tribu usan armas de fuego y para salir a cazar montados en camionetas cuatro por cuatro. Los niños tienen juegos de video y no les interesa la tradición.

Pertenecen a la tribu de los Surui en la Amazonia brasileña y venden la madera del bosque a compradores. Las aves que comen son compradas en el mercado y si algún niño las flechara se metería en problemas con el vendedor.

El ex chamán, le explica a un niño, que los ancestros que vivían allí antes de la llegada del hombre blanco a su comunidad. Cuando aún era chamán, una gran bola de fuego venía del cielo, "era una señal de una guerra entre nosotros". La gente vino a mí, pidiendo consejo y protección, explicó. En una ocasión, relató, “una bola de fuego cayó del cielo, una señal de nuestro encuentro con el hombre blanco. Ellos atacaron la tribu y mataron a muchos de nosotros. Nuestra gente estaba perdida, no teníamos a donde ir. Además del hombre blanco, los jaguares eran una amenaza. Necesitabas una antorcha para defenderte en la selva de los jaguares y de las serpientes.”

El ex chamán tiene en su casa de madera un sistema de luz eléctrica. Se le ha dañado la conexión que da luz a su habitación. Pide a sus vecinos que le ayuden a arreglarla porque, cito: “[sin luz] no puedo dormir en la noche”. ¿Por qué? pregunta el vecino, “los espíritus me pegan. Están molestos por la iglesia” refiriéndose a que asiste a la iglesia. ¿De verdad? Le cuestiona el vecino. ¿Por eso necesitas arreglarlo? “No lo quiero dejar para mañana, no quiero dormir en la oscuridad”. La autoridad del chaman ha quedado desplazada. Atestigua todo esto, vestido con manga larga y corbata, de manera pasiva.

Los guardianes del bosque, con armas modernas, no pueden detener la explotación de la arboleda. Lo más que pueden hacer es tomar fotografías, con celulares, del árbol caído ya procesado y subirlas “a internet”. Mientras los cazadores cazan en la selva un mono para comer, los niños juegan en celulares a cazar jabalíes. El ex chaman duerme con la luz prendida.

Tras amanecer se juntan para desayunar. Un hijo le comenta al ex chaman, “las aves están revueltas”, por el sonido ensordecedor que emiten. El ex chaman interpreta: “el espíritu maligno está cerca”. Verbaliza que “los halcones tienen miedo”, “Los guacamayos tienen miedo”.

El mal augurio se hizo real. Una mujer de la comunidad fue mordida por una serpiente venenosa mientras trabajaba en la cosecha. Fue llevada al hospital donde fue atendida con los antídotos de la medicina convencional y tratada para los síntomas hasta su retorno a casa. La había mordido una serpiente jararacá. Su veneno es mortal. Una de las más venenosas de Brasil.

VI

En el filme *El sendero de la anaconda*, antropólogos abiertos a la manifestación cultural de los pueblos de la amazonia, nos muestran el siguiente relato:

“Cuando viajamos por el Amazonas noroccidental vemos la gente indígena en sus malocas majestuosas, en sus chagras y en los ríos. A veces, nos volvemos casi insensibles a la realidad cotidiana con que todas estas personas, todas estas culturas, tienen que lidiar para mantenerse vivos. Aunque la gente indígena aún viste como nosotros, y disfrutan de los beneficios de la modernidad, como lo hacemos nosotros, no debe impedirnos ver que ellos siguen funcionando en otras dimensiones de la realidad. [Tenemos que ser capaces de ver] la profundidad de sus cosmologías y mitologías que siguen dictando el comportamiento de dichas comunidades”.

“Para los Macuma el peor es el sol. Está debajo de la tierra por una razón, es la luminosidad que guía al chamán, en sus viajes subterráneos para equilibrar las fuerzas del mundo entero. Y de repente aparece esta minera canadiense. Quieren sacar el oro para fundirlo en lingotes. Quieren sacar el oro de la tierra que luego guardarán en bóvedas debajo de la tierra. Hay una ironía extraña en todo esto. [En el lugar de la pretendida explotación hay unas piedras largas horizontales sobre las cuales se derrama el agua del río. Para ellos] son la encarnación misma de sus ancestros. Literalmente acostados ahí en la piedra, con las aguas pasando por encima de sus cuerpos. Socavan y niegan las creencias de los Macuma. Al hacer esto niegan sus derechos y su papel de cuidadores del bosque y, por lo tanto, participan en la destrucción misma de los bosques. Básicamente, están negando la esencia, el valor y el significado y el poder de estos raudales. Si ellos [los Macuma] ceden en esto, si el raudal ya no encarna a los ancestros, esto pone en cuestión todo lo que ellos saben, todo lo que los ha llevado a esta relación de administradores del bosque, su sentido de responsabilidad para poder mantener los flujos de energía de todo lo que existe

dentro del cosmos. No se trata simplemente de un proyecto de desarrollo industrial. Es la destrucción de un pueblo, de una forma de pensar y de ser, que es tan luminosa, inspiradora y brillante como cualquiera creada por la imaginación humana.”

VII

Estas miradas que van del mito a la cosmovisión y de la cosmovisión al mito, nos obligan a cuestionar ¿Quiénes somos? ¿Cómo aparecemos en sus relatos? ¿la putrefacción de la piña? ¿el agresor que se masturba con la tierra? ¿Quiénes no respetan que las piedras sean los ancestros tendidos de los macuma? Anoche José Manuel² nos enfatizaba cuanto el mito nos revela de nosotros y cuanto abre camino al otro. La mitocrítica hoy, más que nunca, es una emergencia.

Filmografía

A última foresta

Luiz Bolognesi documenta la vida de la comunidad indígena de los Yanomani y describe su amenazado entorno natural en la selva del Amazonas.

(Filmaffinity)

El sendero de la anaconda

Documenta la travesía de Wade Davis, escritor canadiense, quien viaja a Colombia en compañía del antropólogo Martin von Hildebrand para recorrer al lado de las comunidades indígenas del Río Apaporis y la selva amazónica colombiana. (Caracol Televisión)

Ex chamàn

Un chamán desplazado en su comunidad por los valores occidentales pierde el prestigio que poseía. Se integra a una iglesia cristiana y sufre las peripecias de su anulación social mientras su comunidad se “moderniza”.

(Netflix)

² José Manuel Losada, Conferencia Central del Congreso, dictada en el Teatro Oller, Municipio Autónomo de Bayamón (en este número)